

vido y ecsigente, para ostentar sobre su nariz brillantes gafas de oro, ó para sorprender con su *inevitable* lente las miradas furtivas de las damas. Nada menos que eso; Mauricio es sensible, pero muy comedido; y mas bien quiere privarse de un placer, que causar un disgusto á otra persona. Bien hubiera deseado ponerse anteojos perpetuos, como hacen otros sin necesidad y solo por petulancia; ¡pero dicen tan mal unos espejuelos moviéndose al precipitado compas de la *Mazzowrka!!!* y Mauricio á los veinte y tres años no podia determinarse á dejar de bailar la *Mazzowrka*. Buen remedio era por cierto el lente colgante; pero ademas de la prudencia con que le usaba, ¿cómo adivinar las escenas que iban á suceder para estar prevenido con él en la mano? Si la hermosa Filis volvia rápidamente hácia él sus bellos ojos, ó dejaba caer su pañuelo para darle ocasion de hablar con ella, ¿quién lo habia de preveer un minuto antes? Si creyendo sacar á bailar á la mas hermosa de la sala, se hallaba con que se habia ofrecido á una momia de Egipto, ¿de qué le servia el lente un minuto despues? Vamos, está visto que el lente no sirve de nada, y Mauricio, que conocia esto, se desesperaba de veras.

El amor, que por largo tiempo se habia complacido en punzarle ligeramente, vino por fin á atravesar de parte á parte su corazon, y una noche en el baile de la marquesa de... Mauricio, que bailaba con la bella Matilde de Lainez, no pudo menos de espontanear una declaracion en regla. La

niña, en quien sin duda los atractivos de Mauricio hicieron su efecto, no se determinó á reprenderle.

« Faute d'avoir le temps de se mettre en courroux.

Y hé aqui á mi buen mancebo en el momento mas feliz del amor; el de mirarse correspondido por la persona amada. Ya nuestros amantes habian hablado largamente; tres *rigodones* y una *galope* no habian hecho mas que avivar el fuego de su pasion; pero el sarao se terminaba, y el rendido Mauricio renovaba las protestas y juramentos, tomaba ecsactamente la hora y el minuto en que Matilde se asomaria al balcon, la iglesia donde acudia á oír misa, los paseos y tertulias que frecuentaba, las óperas favoritas de la mamá, en una palabra, todos aquellos antecedentes que vosotros, diestros jóvenes, no descuidais en tales casos. Pero el inesperto Mauricio se olvidaba en tanto de reconocer puntualmente á la mamá y á una hermana mayor de Matilde, que estaban en el baile; no hizo alto en el padre de ésta, coronel de caballería; y por último, no se atrevió á prevenir á su amada de la circunstancia fatal de su cortedad de vista. El suceso le dió despues á conocer su error.

No bien llegó la hora señalada, corrió al siguiente dia á la calle donde vivia su dueño, repasando cuidadosamente las señas de la casa: Matilde le habia dicho que era número 12, y que hacía esquina á cierta calle; mas por cuanto la otra esquina, que era número 72, parecióle 12 al

desdichado amante, y fue la que escogió como objeto de su bloqueo.

Matilde, que le vió venir (ojos femeniles, ¡que no veis cuando estais enamorados!), tiró su almohadilla, y saliendo precipitada al balcon ostentó á su amante todas las gracias de su hermosura en el traje de casa; pero en vano, porque Mauricio, situado á seis varas, en la otra esquina, fijos los ojos en los balcones de la casa de en frente, apenas hizo alto en la belleza que se habia asomado al otro balcon. Este desden inesperado picó sobremanera el amor propio de Matilde; tosió dos veces, sacó su pañuelo blanco; todo era inútil; el amante dolorido la miraba rápidamente, y la volvia la espalda para ocuparse del otro objeto; una hora y mas duró esta escena, hasta que desesperado el buen muchacho, y creyéndose abandonado de su dama, sintió fuertes tentaciones de aprovechar el rato con la otra vecina que tan inmóvil se mostraba. No pudiendo, en fin, resistirlas, y viendo que de lo contrario perdía la tarde del todo, se determinó al cabo (aunque con harto dolor de su corazon) á hacer un paréntesis á su amor, y hablar á la airosa vecina. Dicho y hecho; atraviesa la calle, marcha determinado bajo el balcon de Matilde, alza la cabeza para hablarla, pero en el mismo momento tírale ella á la cara el pañuelo que tenia en la mano (al que durante su furor habia hecho unos cuantos nudos), y sin dirigirle una palabra éntrase á dentro y cierra estrepitosa-

mente el balcon. Mauricio desdobló el pañuelo, y reconoció el mismo bordado, las mismas iniciales que habia visto en el que llevaba Matilde la noche del baile... Miró despues la casa, y alcanzó á ver *Visita general número 12.* (*) ¿Cómo pintar su desesperacion?

Tres dias con tres noches paseó en vano la calle; el implacable balcon permanecia cerrado, y toda la vecindad, menos el objeto amado, era fiel testigo de sus suspiros. A la tercer noche se daba en el teatro una de las óperas favoritas de la mamá; colocado en su luneta, con el auxilio del *doblo* antejo recorre con avidez el coliseo, y nada ve que pudiera lisonjearle: sin embargo, en uno de los palcos por asientos cree ver á la mamá acompañada de la causa de su tormento. Sube, pasea los corredores, se asoma á la puerta del palco; no hay que dudar... son ellas... Mauricio se deshace á señas y visages, pero nada consigue; por último, se acaba la ópera, espéralas á su descenso, y en la parte mas oscura de la escalera acércase á la niña y la dice: "Señorita, perdone usted mi equivocacion; si sale usted luego al balcon la diré... entre tanto tome usted el pañuelo. — Caballero, ¿qué dice usted? le contestó una voz estraña á tiempo que un menguado farolillo (de los farolillos que alumbran pálidamente las escaleras de nuestros tea-

(*) No hay necesidad de advertir que este artículo se escribió antes de la nueva numeracion de Madrid, que por su orden y claridad favorece á los amantes cortos de vista.

tros) vino á revelarles que hablaba á otra persona, si bien muy parecida á su ídolo. — Señora... — ¡Calle! y el pañuelo es de mi hermanita. — ¿Qué es eso, niña? — Nada, mamá; este caballero, que me da un pañuelo de Matilde. — ¿Y por dónde tiene ese caballero un pañuelo de Matilde? — Señora... yo... dispense usted... el otro dia... la otra noche, quiero decir, en el baile de la marquesa de... — Es verdad, mamá, el señor bailó con mi hermana, y no es extraño que dejase olvidado el pañuelo. — Cierto, es verdad, señorita, se quedó olvidado... olvidado... — A la verdad que es extraño; en fin, caballero, damos á usted las gracias.”

Un rayo caido á sus pies no hubiera turbado mas al pobre Mauricio, y lo que mas le apesadumbraba era que en una punta del pañuelo habia atado un billete en que hablaba de su amor, de la equivocacion de la casa, de las protestas del baile, en fin, hacía toda la esposicion del drama, y él no sabia qué suerte iba á correr el tal papel.

Trémulo é indeciso siguió á lo lejos á las damas, hasta que entraron en su casa y le dejaron en la calle en el mas oscuro abandono. En valde aplicaba el oido por ver si escuchaba algun diálogo animado; la voz lejana del sereno, que anunciaba las doce, ó la sonora marcha de los sucios carros de la limpieza, era lo único que hería sus oidos, y aun sus narices, hasta que cansado de esperar sin fruto, se retiró á su casa á velar y cavilar sobre sus desgraciados amores.

Entre tanto ¿qué sucedía en el interior de la otra casa? La mamá, que tomó el pañuelo para reprender á la niña, habia descubierto el billete, se habia enterado de él, y pasados los primeros momentos de su enojo, habia resuelto por consejo de la hermanita callar y disimular, y escribir una respuesta muy lacónica y terminante al galan con el objeto de que no le quedase gana de volver; hiciéronlo así, y el billete quedó escrito, firmado de letra de muger (que todas se parecen), cerrado con lacre y oblea, y picado por mas señas con un alfiler. Hecha esta operacion se fueron á dormir, seguras de que á la mañana siguiente pasaria por la calle el desacertado galan. Con efecto, no se hizo de rogar gran cosa, pues no habian dado las ocho cuando ya estaba en el portal de en frente, sin atreverse á mirar. Estando así, oye abrirse el balcon: ¡oh felicidad! una mano blanca arroja un papelito; corre el dichoso á recibirle, y encuentra... el balcon se habia cerrado ya, y la esperanza de su corazon tambien.

En vano fuera el intentar describir el efecto que hizo en Mauricio aquella serie de desgracias; baste decir que renunció para siempre al amor; pero en fin, al cabo de quince dias pensó de distinta manera, y salió al Prado con un amigo suyo. Era una de aquellas noches apacibles de julio que convidan á gozar del ambiente agradable bajo los frondosos árboles, y sentados ambos camaradas empezaron la consabida conversacion de sus amo-

res. Mauricio con su franqueza natural contó á su amigo su última aventura, con todos los lances y reveses que la formaban, hasta la amarga despedida que sus adversas equivocaciones le habian proporcionado; pero al acabar esta relacion sintió un rápido movimiento en las sillas inmediatas, donde entre otras personas observó sentados á un militar y una jóven: arrímase un poco mas, saca su antejo (¡insensato! ¿por qué no le sacaste desde el principio?), y conoce que la que tenia sentada junto á él oyendo su conversacion era nada menos que la hermosa Matilde. “¡Ingrata...!” fue lo único que pudo articular, mientras el papá llamaba á un muchacho para encender el cigarro. — “Yo no he escrito ese billete.” (Esta respuesta obtuvo al cabo de un cuarto de hora.) — ¿Pues quién...? — “No sé... llévelo usted; á las doce estaré al balcon.”

La esperanza volvió á derramar su bálsamo consolador en el corazon del pobre Mauricio, y lleno de ideas lisonjeras aguardó la hora señalada; corre precipitadamente bajo el balcon: con efecto, está allí; ya mira brillar sus hermosos ojos, ya advierte su blanca mano, ya... Mas ¡oh, y qué bien dice Shakespeare, que *cuando los males vienen no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones!* Aquella noche se le habia antojado al papá tomar el fresco despues de cenar, y era él el que estaba repantigado en la barandilla, no sin grave agitacion de Matilde, que le rogaba se fuese á acostar para evitar el relente. — “*Bien mio*, dijo

Mauricio con voz almivarada, *¿es usted?* — Chica, Matilde, la dice el padre por lo bajo, *¿es contigo esto?* — Papá, conmigo no señor; yo no sé... — No, pues estas, cosas tuyas son ó de tu hermana. — “Para que vea usted (continúa el galan amar-telado) si tuve motivo de enfadarme, ahí va el billete.” — A ver, á ver, muchacha, aparta, aparta, y trae una luz, que voy á leerle... Dicho y hecho; éntrase á la sala mirando á su hija con ojos ame-nazadores, abre el billete y lee... “Caballero: *si la noche del baile de la marquesa pude con mi indiscrecion hacer concebir á usted esperanzas locas...*” — Cielos; ¡pero qué veo! esta es letra de mi muger... — ¡Ay papá mio! — ¡Infame! á los cuarenta años te andas haciendo concebir esperanzas locas... -- Pero papá... -- Déjame que la despierte, y que alborote la casa... Con efecto, así lo hizo, y en mas de una hora las voces, los gemidos, los llantos, dieron que hacer á toda la vecindad, con no poco susto del *galan fantasma*, que desde la calle llegó medio á entender el inaudito *quid pro quo*.

Su generosidad y su pundonor no le permitieron sufrir por mas tiempo el que todos padeciesen por su causa, y fuertemente determinado llama á la puerta; asómase el padre al balcon; “caballero, tenga usted á bien escuchar una palabra satisfactoria de mi conducta.” El padre coge dos pistolas y baja precipitado; abre la puerta; “escoja usted,” le dice, — “Serénese usted, contesta el jóven; yo soy un caballero, mi nombre es N., y mi casa bien

conocida; una combinacion desgraciada me ha hecho turbar la tranquilidad de su familia de usted, y no debo consentirlo sin explicársela." Aqui hizo una puntual y verdadera relacion de todos los hechos, la que apoyaron sucesivamente la mamá y las niñas, con lo cual calmó la agitacion del zeloso coronel.

Al siguiente dia la marquesa presentó á Mauricio en casa de Matilde, y el padre, informado de sus circunstancias, no se opuso á ello.

Desde aqui siguió mas tranquila la historia de estos amores, y los que desean apurar las cosas hasta el fin pueden descansar sabiendo que se casaron Mauricio y su amada, á pesar de que ésta, mirada de cerca, á buena luz y con anteojos, le pareció á aquel no tan bella por los hoyos de las viruelas y algun otro defectillo: sin embargo, sus cualidades morales eran muy apreciables, y Mauricio prescindió de las físicas, no teniendo que hacer para olvidar éstas sino una sencilla operacion, que fue... quitarse los anteojos.



Las Tiendas.



« ¿Quién nos dirá (dejadas sus cautelas mayores) lo que cuestan sus encajes, sus cadenetas, randas y arandelas? ¿quién las ciegas mudanzas de los trages?»

B. de Argensola.

Eran las once en punto de la mañana, y yo no debia hallarme hasta las doce en cierta parte del mundo adonde la obligacion me llamaba. Quiero decir, que tenia sesenta minutos delante de mí para disponer de ellos á mi sabor. Encontrábame á la sazón en medio en medio de la Puerta del Sol, mansion natural de todo desocupado, y yo en aquella hora lo estaba á mas no poder. Lánguido é indiferente, dejábame llevar en simétrica alternativa ya á una esquina, ya á otra, y mientras nada hacía, recreábame en mirar los estimulantes anuncios literarios que decoran aquellos eruditos postes, admirando su profusion, y la variedad de nombres *clásicos* que denuncian á la posteridad. En estas y otras cavilaciones me asaltó de improviso la idea de que si “para dormir no es menester luz,” para pensar tampoco se necesita estar en pie, y esto diciendo, enfilé por lo mas ancho la famosa ca-

Ile Mayor, huyendo de los encontrados pasos de diligencias, coches, ciegos, aguadores, borricos é importunos; y dejando á un lado las gradas de San Felipe, tan animadas en tiempo de Quevedo, tan solitarias hoy, dí fondo en uno de los elegantes almacenes de géneros que se encuentran sobre la izquierda.

Era cabalmente en un momento en que los cuatro jóvenes que regentaban el mostrador se encontraban sin pedidos; quiero decir, que no habia en la tienda mas gente que ellos, y yo, que entraba.—Felices dias, señores.— A Dios, señor don Tal (*le nom ne fait pas a l'affaire*).—¿Cómo así tan desocupados? ¿Habrá acaso entrado la economía de Dupin ó de Bergery en el sistema de las madrileñas? ¿qué es esto? vuelvo á decir: ¿qué soliloquio es este? ¿ha invadido el cólera-morbo nuestra capital, ó ha dejado de venir el *Journal des Modes*? Porque solo causas tan graves pudieran hacer á esas varas castellanas estar paradas á tales horas.—Es la verdad, me contestó el mas almirado; pero no hay que estrañarlo, pues en el Diario de hoy se hacen tales anuncios que habrán llamado la concurrencia hácia el Sur, hasta que desengañada por la milésima vez venga antes de una hora como de costumbre.

Y no habia acabado de decir esto, cuando vimos entrar por la puerta á una dama muy elegante seguida de su lacayo; y saludando con aire marcial á los jóvenes, que la contestaron con el

nombre de marquesa, se sentó en un confidente, compúsose la mantilla mirándose al espejo que tenía en frente, quitó sus guantes, abrió su bolsita, y entre mil diges y chucherías sacó algo arrugado el número 89 del *Petit Courrier*. Entonces abrió un lenticito de oro, miró por encima de él, y leyó un rato; despues ojeó otro poco, luego recapacitó, miró el figurin, volvió á leer, y pidió *gros-grains*.—No tenemos, le constestó el mas prócsimo de los mancebos: ¿cómo que no? interrumpió vivamente otro que desde el principio no habia quitado ojo del figurin. No te acuerdas de aquella tela... (Aqui bajó tanto la voz que no le pude oír.)—¡ Ah! sí, es verdad, le contestó el primero; vé por ella: en efecto, entró en la trastienda, y del rincon de un armario que yo solo divisaba desde mi asiento sacó la pieza (que tuvo buen cuidado de sacudir de un polvo inveterado de tres años), y la puso satisfactoriamente sobre el mostrador: la risita de los demas mancebos me dió á sospechar que sino era la prevenida en el número 89 de este año, podia muy bien ser del de 1826. Pero la dama, seducida con la semejanza del color, y sin duda por no tener á mano una definicion académica de lo que quiere decir *gros-grains*, no dudó un instante en que fuese lo mismo que buscaba. Pidió un cierto número de varas, preguntó el precio: los mancebos hicieron entre sí una pequeña consulta para responder; nada regateó; abrió su bolsita, y sacó... una targeta muy elegan-

te con yo no sé cuántas armaduras y geroglíficos, que indicaba su título y señas de la habitacion, diciendo al mancebo principal que podria enviar por el importe *el lunes*, verdad es que no designó cuál. No pude menos de sonreirme de esta salida, y no bien se hubo marchado, y mientras lo sentaban en el libro á continuacion de otras cinco ó seis partidas pendientes, dí un poco de broma á los mancebos sobre el estreno que habian tenido; pero habiéndome explicado todo el negocio de la tela, me convencieron de que no era tan fuerte el engaño como yo creí.

Aun refamos de ello, cuando una mamá y dos niñas, éstas en un interesante *negligè* y aquella en una espantosa *toilette*, entraron en la tienda, y empezaron tal demanda de *rasos*, *gros de Naples*, *poplines*, *organdis*, *crespones*, *barés*, *moirés*, *palia-cats*, *cotepalis* y demas, que los cuatro mancebos eran pocos para tomar y dejar escaleras, subir y bajar piezas, desdoblar paquetes, abrir cajas y enseñar muestras. Ellas entre sí armaron una algarrabía singular: cuál se inclinaba á una tela, cuál á otra; ésta se ponía un pañuelo al espejo y nos parecia muy hermosa, luego se le ponía la mamá y nos parecia muy fea; despues disertaban sobre las calidades; si aquel era mas fino que éste, si éste mas elegante que estotro,

“si el tafetan de Florencia
abulta mas que el de España:”

preguntaban de dónde eran aquellas telas, se les respondía que de *Lion*, y estaba yo viendo una punta no bien cortada que decia *Barcelona*; por fin, apartaron no sé cuántas cosas y empezaron á pedir precios. Allí fue el hacer admiraciones, el entablar comparaciones con otras tiendas, el despreciar los géneros, y en fin, hacer las indiferentes; despues hablaron aparte, y de repente tomaron un aire de broma, diciendo á los mancebos que eran unos picarillos, que no hacian gracia á las parroquianas y demas, con que los pobres iban ablandando tanto cuanto; pero una severa mirada del mas mal encarado les impuso en su deber, y respondieron unánimes: "No podemos;" con lo cual se marcharon las damas, y ellos se quedaron ocupados en volver á doblar las piezas.

No tardó en presentarse otra señora, que á juzgar por su aire, sus modales y vestido, calificué desde luego de una gran persona: entró con mucha solemnidad, y al ver la premura con que los mancebos corrieron á servirla, despejando el mostrador, no pudo menos de picarme la curiosidad de saber quién era: dirigíme para el caso á uno de ellos, y no sin admiracion supe que era la esposa de un empleado muy subalterno á quien yo conozco; pero creció de todo punto mi asombro cuando habiendo escogido un velo de blonda, abrió su bolsillo, y tiró sobre la mesa seis onzas (que eran al poco mas ó menos el sueldo de tres meses de su esposo), hecho lo cual, cargó de otras

varias telas, que pagó tan generosamente, y marchó dejándome en el mayor éxtasis; por fortuna una dama que habia presenciado todo el paso me sacó de él, diciendo, "cómo luce la Fulana las onzas que ganó antes de anoche en casa de... valiérala mas pagar al casero."

Ya á la sazón ocupaba un ángulo del mostrador cierta graciosa y esbelta modista, que habia venido á buscar un pedazo de percal como *la muestra*, y el mancebillo listo la hacía rabiarse enseñándole piezas enteramente opuestas, y amenizando este juego escénico con tal cual chanzoneta medianamente disparada, si bien mejor recibida; por último, concluyó con darla lo que pedía; item mas, con la galantería de no quererla cobrar el importe. No bien se habia acabado esta escena, empezó otra, en la cual tuve el honor de figurar, y fue la que produjo la entrada de cierta señora, conocida mia, la cual me tomó por asesor de su gusto; yo, deseoso de darla la mejor idea del mio, nunca me inclinaba á lo peor; por otro lado, era preciso mirar por los intereses del amo de la tienda; así que en fuerza de mis observaciones le hice reunir una partidita mas que mediana. Llegó el caso de echar la cuenta, y por cuanto no hizo el diablo que faltase dinero para unos pañuelos y no sé qué otras frioleras, con lo cual la dama apareció ruborizada. ¡Qué habia yo de hacer! La ocasión no era para rechazada; volvíme á ella y la dije: "Paquita, no pase usted cuidado por ello, que está en tierra de

amigos, y hallándome yo aquí...—Oh, no: ¡cómo tengo de permitir...!—Es que yo tengo en esta casa ciertas cuentas pendientes, y cabalmente hace falta para arreglarlas un pequeño pico como ese.”—En vano me replicó dulcemente; yo insistí con mas dulzura, y dulcificando mas y mas nuestros tiros, quedé por fin vencedor, y la hermosa Dulcinea llevó los pañuelos. Verdad es que prometió pagármelos.

La tienda entre tanto se iba llenando de gentes, y eran tan rápidos los movimientos que no podia enterarme de ninguno; solo llamó mi atención una pareja jóven, tan ecsigua y acaramelada que no pude dudar que se hallaba todavía en el primer mes de matrimonio. Con efecto, era asi, y un conocedor no podia menos de adivinarlo al ver las escesivas blondas, follages y perendengues de la dama, los cuidados y complacencia del galan. Por de pronto hizo sentar á la esposa con cierta solitud que me dió á conocer sus esperanzas; empezaron á pedir, y todo era poco para la ecsigencia de aquel alfeñique femenino, y nada demasiado para el provisto bolsillo del marido. Parecíame ver ya hechos los trages de aquellas brillantes telas, agotada la imaginacion de las modistas en dar con ellas forma humana adonde no la hay, y casi me daban tentaciones de repetir al marido un gracioso dicho de Tirso:

“Dad al diablo la muger

Que gasta galas sin suma,
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.”

Pero luego conocí que unos cuantos meses de matrimonio se lo dirian mejor que yo. En fin, fastidiado y enojoso despedíme de los muchachos y salí de aquel recinto.

Pero como todavía no eran mas que las once y media, me dirigí por el pronto á una de las tiendas conocidas de la calle de la Montera, y me senté delante del pequeño mostrador, coronado de relojes, lamparillas, templos góticos, escaparates y quinquets; pero no era yo solo el concurrente, pues ya otros tres elegantes *abonados* ocupaban los demas asientos: queriendo emplear en algo el tiempo, pedí bastones para escoger uno; al momento todos empezaron á aconsejarme el que debía tomar, alabarme su belleza, asegurarme que era igual al que llevaba el duque de... y en fin, á hacer los demas oficios propios del mercader; yo, que dí poca importancia á sus espresiones, tomé el que me pareció, y aun estaba contemplándole, cuando llegó otro camarada que lo cogió en sus manos, empezó á blandirle y á probar su elasticidad con tal brio, que á los cinco minutos tuve el consuelo de verle dividido en dos. Luego otro de ellos fue á dar una vuelta rápida y rompió el fanal de un reloj; verdad es que quiso pagarlo; pero el dueño no lo permitió; despues se levantaron todos y se

pusieron á la puerta, y en entrando alguna señora entraban detras, y hacian los mismos elogios de todo lo que ponía en precio; con esto, y con algunas palabras mas ó menos ligeras, noté que las ahuyentaban, en términos que el dueño de la tienda iba poniendo un gesto bastante espresivo. En esto acertó á parar un coche delante de la tienda, y todos ellos se colocaron como en el juego de las cuatro esquinas; bajó una mamá y una hija muy bien parecida, entraron en la tienda, y puso aquella en ajuste un reloj. Al momento uno de ellos hizo tocar la música, y mientras la madre con una sonrisa placentera llevaba el compas con cabeza, pie y abanico, la niña en el estreino contrario hablaba disimuladamente con uno de ellos, en términos que me hizo sospechar que aquel encuentro no era casual, antes bien tenia todo el carácter de una verdadera conspiracion. La mamá volvió rápidamente á buscar á la niña, pero ya ésta habia visto su movimiento en un espejo que tenia delante, y con la mayor sinceridad se puso á preguntar si estaba vivo el pajarito que cantaba sobre una torrecilla del monasterio de Santa Amalverga. ¡Oh inocencia digna de la edad media! La mamá tuvo trabajo en persuadirla que era fingido, y el galan entre tanto probaba unos anteojos con disimulo, no sin grave susto del amo de la casa, que ya preveía su prócsima disolucion.

Yo reía de veras de toda esta escena, y por tener un pretesto para dilatar mi permanencia

compré una lamparilla que servia de pedestal á Napoleon meditando los planes de la batalla de Marengo, y un juego de bolos representando todos los varones célebres de Plutarco, y me dispuse á observar el desenlace; mas ¡oh fatalidad! estando en esto dieron las doce, y tuve que echar á correr sin ver el final de aquel suceso, preguntándome impaciente ¿qué es lo que yo habia hecho en una hora? y no pudiendo menos de convenir con Moreto

“Que de aqui para alli
Y de alli para aqui,
De allá para acá
Y de acá para allá,
El tiempo se va.”



El Barbero de Madrid.

« Pronto a far tutto
la notte e il giorno,
sempre d'intorno
in giro stà. »

Aria de Figaro.

¿Sabe usted, señor editor de las *Cartas Españolas*, que es un compromiso demasiado fuerte el que yo me he echado encima de comunicarle semanalmente un cuadro de costumbres? ¿Sabe usted que no todos los días están mis humores en perfecto equilibrio, y que no hay sino obligarme á una cosa para luego mirarla con tibieza y hastío? A la verdad que nada hay que acorte el ingenio y mengue el discurso como la obligación de tenerles á tal ó tal hora determinada. Y no dígoles por el mío, pues este claro está que de suyo es apocado y esciuo, sino véoles en otros mayores y de marca imperial, de lo cual infiero y saco la consecuencia de que el genio es naturalmente indómito, y repugna y rechaza los lazos que le sujetan. Pero al fin y postre, y viniendo á mi asunto, puesto que maldita la gana tengo de ello, preciso será sentarme á escribir algo, si es que mañana he de res-

ponder con papel en mano al cajista de la imprenta. Paciencia, hermano; sentémonos, preparemos la pluma, dispongamos papel, y... pero entiendo que antes de empezar á escribir bueno será pensar sobre qué... Asi lo recomienda el célebre satírico francés

“ *avant donc que d'ecrivre apprenez á penser.* ”

Mas no hay porque detenerse en ello, sino imitar á tantos escritores del dia que escriben primero y piensan despues. Verdad es que tambien *piensan* los jumentos.

Repasemos mis memorias á ver cuál puede hoy servir de materia al entendimiento... Esta... la otra... nada, la voluntad dice que nones; pues señores, medrados quedamos. (Aqui *el curioso* da una fuerte palnada sobre el bufete, tira violentamente la pluma, y permanece un rato con la mano en la frente haciendo *como el que piensa*. La mampara del estudio se abre en este momento, y el barbero se anuncia sacando al autor de su éxtasis.)—Hola, maestro, ¿es usted? Me alegro, con eso hablará usted por mí.

Mi barbero es un mozo de veinte y dos, alegre como Fígaro, aunque con diversas inclinaciones; verdad es que á aquel le retrató Beaumarchais, y á éste le pinto yo; no es nada la diferencia. Pero en fin, como todo en este mundo se hace viejo, el barbero de Sevilla tambien, ademas de que ya nos lo han ofrecido cantado y rezado, y aun en danza, y nos le sabemos de coro. Vaya otro barbero no

tan sabio, no tan ingenioso, pero mas del dia; no vestido de calzon y chupetin, sino de casaquilla y corbata; no danzarin, sino *parlante* como yo. No... pero en fin, maestro, cuéntenos usted su historia, porque yo ni de hablar tengo hoy gana.

—Yo, señor, soy natural de Parla, y me llamo Pedro Correa; mi padre era sacristan del pueblo, y mi madre sacristana; yo entré de monaguillo asi que supe decir *amen*; de manera que con el señor cura, mis padres y yo, componiamos todo el cabildo. En mi casa se tenia por cosa cierta que yo habia de llegar á ser fraile francisco, porque asi lo habia soñado mi madre, y ya me hacian ir con el hábito y me enseñaban á rezar en latin; pero por mas que discurrían no podían sujetar mis travesuras. Ni en las vinageras habia vino seguro, ni las cabezas de los muchachos tampoco donde yo estaba; y cuando se me antojaba alborotar el lugar, me colgaba de las cuerdas de la campana, y con pies y manos las hacía moverse, ni mas ni menos que si fueran atacadas de perlesía. En suma, tanto me querían sujetar y tanto me recomendaban la santidad de la carrera á que me destinaban, que una mañana, sin decir esta boca es mia, cogí el camino por lo mas ancho, y no paré hasta la Carrera de San Francisco de esta heróica villa, en casa de un primo mio, y habiéndome dicho el nombre de la calle, dí por realizado el sueño de mi madre, y á mí por desquitado de mi estrella.

Mi primo era cursante de cirujía, y llevaba

dos años de asistencia al colegio de San Carlos, con lo cual siempre nos andaba hablando de vísceras y tegumentos, y era tan afecto á la anatomía, que se empeñó en disecar á su muger; así que yo, luego que perdí el miedo á las terribles espresiones de *fisiología*, *higiene*, *terapéutica*, *sifilítico*, *obstetricia*, y otras así de que abundaban aquellos librotos que él traía entre manos, no hallé mejor salida para mi ingenio que seguir aquella misma profesion, y por el pronto aprendí á afeitar, haciendo la esperiencia en un pobre de la esquina á quien siempre andaba conquistando para que se dejase afeitar *de limosna*. Luego que ya me encontré suficientemente instruido en el manejo del arma, y matriculado además en el colegio, dejé á mi primo y me puse en otra barbería, donde había una muchacha con quien disertar sobre mis lecciones de anatomía; pero el diablo (que no duerme) hubo de mezclarse en el negocio, y nos condujo á practicar no sé qué esperiencias, con lo cual hicimos un embrollo que todos mis libros no supieron desatar en algun tiempo. En fin, salí como pude, y de la casa tambien, marchando á seguir en otra mis estudios, aunque por entonces me limité á la parte teórica, dejando la práctica para mejor ocasion. Al cabo de algunos años de otros sucesos menores me hallé con que sabia tanto como mi maestro, y que solo me faltaba un pedazo de papel para poder abrir tienda; pero es el caso que este pedazo de papel cuesta un ecsámen y muy bue-

nos maravilláis, y si bien por lo primero no paso cuidado, lo segundo me affige en extremo, por la sencilla razon de que no los tengo.

Desde entonces sigo buscando la buena ventura, ayudado de mis navajas y de tal cual enfermo *vergonzante* que suele caerme, y sino mirase al dia de mañana, créame usted que la vida que llevo no es para desear mudarla; porque yo me levanto al romper el alba, y despues de afilar los instrumentos, barrer la tienda y afeitar á algun otro aguador ó panadero, salgo alegrando todo el barrio, y por costumbre inveterada corro al colegio á asistir en clase de oyente, ó á ver á mis antiguos camaradas. Súbome muy temprano, y al pasar por las plazas nunca falta alguna aventurilla galante que seguir, algun cesto que quitar de las manos de tal linda compradora, algunos cuartos que ofrecer á tal otra, ó alguna tienda de vinos que visitar. Empieza despues la operacion de la rasura, y en las dos horas siguientes corro todos los extremos de Madrid, convirtiendo rostros de respetables en inocentes y de buen comer; entre tanto, en casa de una marquesa me sale al paso el señorito, que está haciendo su aprendizaje en el vicio, y me encarga traerle unguentos y brebajes; en otra casa el señor don Cenon, que ha sido atacado del reuma, me obliga á ponerle dos docenas de sanguijuelas; en otra don Crispulo, el elegante, quiere que le corte los callos, y en la de mas allá una niña me esplica los síntomas de una enferme-

dad parecida á la que yo no pude curar en la que estudiaba conmigo. Por todas partes ya se deja conocer que llueven sobre mí las propinas y los obsequios; pero de ninguno me resulta mayor complacencia como de los que recibo en cierta casa, prodigados por cierta fregona con quien el sol no pudiera competir, porque ella me entretiene con su sabrosa plática entre tanto que el amo se viste y reza sus devociones; ella me ausilia vertiendo en la vacía al tiempo que el agua, ya el robusto chorizo, ya la estendida magra, ya la succulenta costilla con una destreza admirable; y ella, en fin, entretiene mis envejecidas esperanzas haciéndome entrever seis grandes medallas que tiene guardadas para mi ecsámen, con la condicion *sine qua non* de casarnos el mismo dia.

Concluidas por fin mis operaciones matutinas vuelvo á la tienda tan contento de mí, que no me trocaria por el mismo maestro, y con esto, y con asistir á alguna operacion quirúrgica, rasurar tal ó cual escotero, ó rasgugar mi vihuela, se me pasa insensiblemente el dia. Llega la noche, y como caiga algun enfermo que cuidar, ó que velar algun muerto, salgo con mi guitarra bajo el brazo, y entre caldo y caldo, ó entre responso y gemido, hago mis escapatorias á colgarme de la ventana de mi Dulcinea, á quien despierto con los tiernos acentos de mi voz. Hé aqui mi vida tal como pasa, y si usted conoce otra mejor, para mí santiguada que yo no. —

Aquí calló Pedro Correa; y yo, que me sentí aliviado, me disponia á proseguir pensando en mi artículo; pero nada bueno me salia, por lo cual tuve que dejarlo hasta la noche; vino ésta, y acordándome de la narracion de mi barbero, asaltóme la idea de que diciendo lo que él habló tenia coordinado mi discurso, supuesto que es de costumbres, sino de las mas limpias. Hícelo en efecto así, y me fui á acostar muy satisfecho; mas no bien habia cerrado los ojos, cuando un ruido extraño me despertó. Parecióme oír puntear una guitarra, y así era la verdad, que la punteaban del lado la calle, mas diciendo como don Diego en el Sí de las Niñas: *Pobre gente, ¿quién sabe la importancia que darán ellos á la tal música?* volvíme del otro lado con intencion de dormir; pero en esto algunos pasos cercanos, y el rechinar de una imprudente puerta, me hizo conocer que el enemigo se hallaba cerca; con lo cual, y la ventana abierta, oí distintamente una voz que cantaba esta seguidilla:

Aunque los males curo
 De las heridas,
 Amor no me permite
 Curar las mias.
 Que sus saetas
 Tienen mas poderío
 Que mis recetas.

No me pareció del todo mal el concepto barbe-

ril, y por ver si continuaba ó yo me habia equivocado, dejéle echar el prelude de la segunda copia, mientras el cual la hermosa Maritornes se acercaba á la ventana á pocos pasos de donde yo me habia colocado. La guitarra concluyó el prelude, y la voz volvió á cantar:

Abandona ya el lecho,
Querida Antonia,
Para oir los suspiros
De quien te adora.
Depon el miedo,
Que todo el mundo duerme
Menos tu Pedro.

Y yo tampoco duermo, *señor rapista*, porque las voces de usted no me lo permiten (dije con voz gutural asomándome á la ventana). ¿Parécele á usted que aqui somos de piedra como el guardacanton de la esquina? ¿ó qué horas son estas para venir á alborotar el barrio? Por mi fé, seor Monaguillo Parlanchin, que asi vuelva usted á tomar mi barba como ahora llueven lechugas, y que la Maritornes que está á mi espalda no le tornará á colar mas chorizos en la bacía. — Y diciendo esto cerré estrepitosamente la ventana, y me fui á acostar. Pero á la mañana siguiente se me presentó el compungido galan, luego la trasnochada dama, y jugándola ambos de personages de comedia se pusieron á mis pies pidiéndome licencia par matri-

moniar. ¡Qué habia yo de hacer! Soy tierno, y el paso era no sé si diga *clásico* ú *romántico*; alcélos con gravedad, y despues de un corto y mal dirigido sermon les dispensé mi venia; item mas, me ofrecí al padrinazgo, y aun á completar lo que faltaba para los gastos del título. De tal modo les pagué el haberme proporcionado materia para este artículo.



El Poeta y su Dama.



«Ce qui ne vaut pas la peine
d'être dit, on le chante.»

Beaumarchais.

“Aquel poeta inmortal
Que en las alas del Pegaso
Caminando hácia el Parnaso
Se paró en el Hospital;

El que con la lira de oro
Tuvo que comer pepinos
Por no vender los divinos
Dones del luciente coro;

El que robaba las perlas
De la aurora al despertar
Sin poder nunca lograr
Ni empeñarlas, ni venderlas;

El que pasó el medio día
Con Horacio y con pan duro,
Y en lugar de vino puro
Bebió néctar y ambrosía.

Á vos, del alma señora,
La ingrata, la desleal,
La que causásteis su mal,
La que os burlais de él ahora,

Libre ya de sus dolores
Llega este insigne poeta
De vuestra beldad perfeta
Á mirar los resplandores.

Háganme trocar la poca
Fortuna que en mí se siente
La plata de vuestra frente
Y el coral de vuestra boca,

Que si son vuestros cabellos
De oro fino cual ninguno,
Dándomelos uno á uno
Me remediaré con ellos.

No es mi miseria tan rara
Si vos me quereis querer,
Que algo me puede valer
El marfil de vuestra cara.

Yo os haré á vos inmortal;
Vos me dareis con que coma;
Yo os haré verter aroma
Por los labios de coral;

Vos un hombre hareis de mí,
Yo de vos, haré una diosa;
Si en ello venís gozosa,
Empecemos desde aquí.”

Asi cantaba Liseno
Con la lira destemplada,
Aun medio convaleciente,
Á la puerta de su dama.
Ella sus voces oía,
Pero ya solo escuchaba
De otro amante los suspiros,
Aunque eran en prosa llana,
Y es que iban acompañados
De diamantes y esmeraldas,
Y esto les daba una fuerza
Bastante á rendir mil almas.
Ella al oir al poeta
Creía que rebuznaba,
Y escuchar á Ciceron
Pensó cuando el otro hablára,
Porque en materia de letras
Está por las que se cambian,
Y cansada de ser diosa
Quiere las cosas humanas.
Hasta que ya decidida
Abrió por fin la ventana,
Y al Poeta desdichado
Estas razones le habla.

“No pienses en persuadirme,
Hombre mas duro y cansado
Que el pedernal seco y firme;
Sino quieres aburrirme
Vuelve el son hácia otro lado.

Escuchen otros oidos
Tus sempiternas canciones,
Y te escuchen complacidos,
Que yo no quiero mas ruidos
Que el ruido de los doblones.

Yo no busco que mi amante
Me pondere su constancia
En un discurso elegante
Que como haya con-sonante
Aunque hubiere disonancia.

Si son mis megillas perlas
Y mi frente plateada,
No llegarás á obtenerlas,
Pues con tanto encarecerlas
No ofreces por ellas nada.

Déjame tú en paz á mí,
Pues en paz te dejo yo:
Busca quien te diga sí,
Y no pierdas tiempo aqui
Do siempre oirás que no.”

Absorto de este lenguaje
El amante desdichado
Á la cerrada ventana
Se ha quedado contemplando,
Hasta que volviendo en sí
Tornó á marchar cabizbajo
Camino del Hospital
Como quien va hácia el Parnaso.



Las Ferias.

«Ferias me pide por Mayo,
y para pedir las Menga
cada día es San Miguel
y todo el año son ferias.»

Esquilache.

Este mundo es una gran feria, en que todos traficamos, aunque con materias diferentes y de un valor convencional. Hay quien da su mesa á cambio de cortesías, quien paga su amor á precio de cuatro suspiros; dos *ergos* y unos buenos pulmones suelen comprar un grado de doctor; la importunidad adquiere empleos, la desdicha suele á veces comprar el talento, y el talento cambiarse por desdicha; el vestido vale generalmente tanto como la educacion, y la figura corre en ocasiones á mas subido precio que las cualidades del alma. Cada cual, en fin, valiéndose de las circunstancias de que puede disponer, suele adquirir con ellas las que le faltan; pero sin necesidad de tanto trabajo hay una materia positiva, con la cual puede obtenerse todo, y esta materia es *el dinero*; con ella se logran las comodidades, los halagos, el amor... el inestimable amor... la sabiduría, los honores, y

hasta la hermosura física.—Alto ahí, señor Provinciano, que ya estoy cansado de tanta filosofía, y aun no sé si diga de tanta sutileza. ¡ Hombre de Barrabás! ¿adónde va usted á parar con ese discursote, que no parece sino arrancado de algun manuscrito árabe del Escorial? Ya sabemos lo que sucede en el mundo en los tiempos ordinarios; pero aqui solo hablamos de lo que pasa en tiempo *de feria*: ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?— Quiere decir, me replicó el Provinciano, que si una circunstancia cualquiera pone en mas rápida circulacion todos los ejes de la gran máquina social, esta época será sin duda un panorama que nos presentará á un solo golpe de vista los esfuerzos de los hombres para engañarse unos á otros.— Vaya, déjese usted de ejes y panoramas, y supuesto que ha llegado á Madrid en la temporada de feria, sepa ante todas cosas que la de esta villa, que empieza el dia de San Mateo, 21 de setiembre, fue concedida por privilegio del rey don Juan el II en 8 de abril de 1447, y que esta feria, que llega hasta el dia de San Miguel, y otra que empezaba en el mismo y duraba quince dias, se han reunido en una, que concluye en 4 de octubre, y hé aqui sin duda la razon de que aun hoy se diga en Madrid *las ferias* en plural, como que realmente eran dos.— Mil gracias, señor Madrileño, por el trozo de erudicion histórica, aunque si va á decir la verdad, no le encuentro mas oportuno que mi ecsordio filosófico.— Tiene usted razon,

señor Provinciano, pero por algo habíamos de empezar á hablar.

Aqui callamos los dos y proseguimos largo rato nuestro camino, hasta que pasando por la calle de Atocha: —Venga usted acá (dije al Provinciano), que me parece que en este puesto hemos de hallar algo bueno; y en efecto era así, porque una multitud de muebles y vestidos del mejor gusto dejaban ver, aunque en modesta prendería, su reciente fecha. Preguntamos los precios de varios, y como á todo nos contestase la muger que los vendía: “Esto se da en tanto, y ha costado cuanto hace seis meses,” entramos en curiosidad de saber qué desgracia repentina habia obligado á su dueño á desprenderse de ellos, á lo cual nos satisfizo la prendera, diciéndonos que pertenecian á una cantatriz italiana que habia concluido su contrata: estando en esto vimos llegar á una jóven acompañada de un caballero que los puso todos en precio, y al ver su resolucion, sus modales, y mas que todo la condescendencia del caballero, no pudimos menos de conocer que aquella empezaba entonces *su contrata*, aunque de distinto género.

Mas allá, en otro gran depósito, observamos una coleccion de catres de todos los gustos desde Felipe II acá, los cuales recordé haber visto ya cuando iba á la escuela, sin que en las distintas *esposiciones* que desde entonces han mediado hayan mejorado de suerte. Mas por cuánto y no en

aquel momento, mi Provinciano hubo de prendarse de uno, y determinó llevarlo á su pueblo para regalárselo á cierta sobrina casadera; y hé aqui que este olvidado mueble, mudo testigo de la fidelidad conyugal de seis generaciones, lo será aun de la sétima.

En un portal inmediato campeaban multitud de vestidos, de los que en otros tiempos figuraron en los bailes serios, y ahora lucen en los de máscara; ¡cielos, qué profanacion! en el bolsillo de una casaca muy bordada de sedas encontré un sobre antiguo que decia: Al Excmo. Sr. D... Ministro de S. M. Fernando VI; ¡y yo la compré para llevarla á los bailes de Carnaval...!

Pero nada nos entretenia tanto como el mirar algunos puestos tan desmantelados que parecian la verdadera efigie del retablo de Maese Pedro despues de la descomunal batalla sostenida por el héroe manchego; v. gr., uno que dejamos á la derecha en la calle de la Magdalena consistía ni mas ni menos en los siguientes efectos: media tinaja, un espejo sin azogue, dos puertas rotas, una escopeta cubierta de orin, seis alcárrazas sin suelo, y sobre una mesa de dos pies y medio arrimada á la pared, hasta unos seis ó siete clavos romanos sin cabeza, dos cabezas sin clavo, una campanilla sin badajo, y una rodela vieja. Y aun nos estábamos riendo de contemplar todo aquel aparato, cuando llegó á colmar nuestro asombro un hombre que despues de haberlo todo considerado detenidamen-

te lo puso en ajuste, y lo compró por tres pesetas. No pude contenerme, y sin mas preámbulos me determiné á preguntarle para qué podría servirle todo aquello, á lo que el pobre con la mejor voluntad me contestó: "Señor, soy maestro de obras, y hace diez años que formé el proyecto de hacer una casa en mi barrio del Ave-María; desde entonces voy aprovechando para ello todo cuanto ladrillo y cascote puedo de las obras que manejo, y ya tengo suficientes materiales para empezar, Dios mediante, el verano que viene. Asi que vi este puesto, consideré que la media tinaja podia servirme para el fogon, el espejo para la claravoya de la escalera, las puertas rotas para ventanas, la escopeta para el cañon de la chimenea, las alcarrazas para bajadas de aguas, los clavos para los adornos, menos uno que servirá de badajo á la campanilla, y la rodela agujereada para tronera de la cueva. Con que ya ustedes ven que todo puede servir en este mundo."

Pasmados nos dejó el buen maestro, y hablando de ello largo rato, hasta que vino á distraernos un gran puesto cubierto de cuadros que llamaba la atencion de los inteligentes. Alli era el verlos considerar las pinturas largo rato y á todas luces, arquear las cejas, adivinar el autor (despues de haber leído la firma que estaba á la espalda), hablar de *frescura* y de *matices*, de *claro-oscuro* y *encarnaciones*, con toda la demas retahila de voces científicas. El hombre que los vendia no